
El amor en (vísperas eternas de) la democracia

Carlos Monsiváis

Son compatibles el amor y la democracia? Hasta hace poco, la respuesta inmediata era negativa, todos creían que el amor, situación gloriosa y dolorosamente subjetiva, sólo se entendía desde la sinrazón de dos personas, sin vínculo alguno con la política, y tan poderosa que trascendía los determinismos de la economía (“Te amo aunque seas rica”). Y el amor, la noción suprema, era antidemocrática por naturaleza, en la pareja existía siempre la parte vencedora, y la igualdad era la falacia que sólo tenía adeptos verbales. El enamorado aspiraba a la posesión y el dominio, y no admitía menos.

Las instituciones apoyaban esta versión del amor, que le imponía a la mujer tributaciones morales y persecuciones físicas y/o sociales, y sólo le suplicaba al hombre mantener las apariencias en la vida matrimonial. El melodrama era el espacio formativo de la ideología amorosa, y todo (frases, tramas, canciones, novelas rosas, obras teatrales, películas) coadyudaba a implantar la noción del amor, el clímax humano, que frenético o tierno era forzosamente jerárquico. Por el amor, en estos desfiles mitológicos, el hombre redimía a la mujer de su condición pasiva; por el amor, la mujer ascendía al rango de compañera; por el amor, el hombre conseguía la operatividad doméstica.

En la primera mitad del siglo XX, las ideas freudianas deshacen el entendimiento tradicional del amor. Ante las sucesivas revelaciones del inconsciente (“La verdadera motivación de los actos radica en...”), ¿cómo defender las explicaciones de los tradicionalistas, liberales y conservadores, que erigieron desde púlpitos y epístolas laicas, la dictadura del amor ideal, arrobado, eterno (si era compromiso ante la ley divina y la humana), que le exigía a las mujeres la perenne virginidad espiritual, es decir, la abolición de cualquier deseo confeso, y al hombre le pedía que pecase para que fuese perdonado. Pero la duda sobre la naturaleza de los actos diseminó ideas y sensaciones nuevas: nada era como se creía, el trasfondo del sacrificio era el aplastamiento de la voluntad, negar el

deseo es profundizar la autodestrucción. Y se vino abajo (como creencia verdadera, no como escenificación del deseo ni como representación social), el mundo de juramentos, convicciones, sollozos al pie de los santos, miradas lívidas en la alcoba en penumbras, viaje de un noviazgo gentil a las bodas de diamante. Si los motivos eran cuestionables, el amor debía reclasificarse.

La difusión de las tesis freudianas impulsó por oposición la creencia de los románticos, según la cual el amor intenso y arrebatado (el amor en su sentido estricto) es por naturaleza efímero y lo que lo sucede antes o después es la tediosa y corrosiva representación del amor ante los ojos de la sociedad. De acuerdo a esta versión no sólo jerárquica sino juveni- lista, cada quien, a lo largo de su existencia (en especial y casi únicamente entre los 20 y los 40 años, antes de la madurez pasada de tueste), sólo tiene muy escasas oportunidades de conocer el amor. Y por lo mismo, debe educarse en ese sustituto de la pasión límite, la resignación. ¿Quién puede vivir en llamas más de unos meses?

Al lado de estas teorías generales, las parejas urbanas convivían, aceptaban o rechazaban los mitos amorosos que resultaban más cómodos, decretaban sin decirlo en gran número de casos el carácter experimental del matrimonio, se divorciaban para darse otra oportunidad, se volvían a casar para reivindicar la rutina, creían en y detestaban a la “jubilación” de los sentimientos, veían con alarma y/o con deleite las posiciones feministas, lavaban platos y cuidaban a los niños juntos, desmitificaban al amor al grado de prescindir de él, lo mitificaban en el nivel del suave tratamiento irónico.

¿Hasta qué punto lo personal es político?

Desde su lanzamiento, la consigna “Lo personal es político”, recibió numerosas críticas. Sólo el extremismo, se dijo hace veinte años, lleva las cuestiones más íntimas al contexto más inconveniente. Lo personal es personal, aunque ciertamente hay cuestiones donde lo personal es político: el aborto, la legislación sobre el amasiato y los derechos de los hijos “naturales”, las condiciones de igualdad laboral con el hombre, etcétera. No obstante las críticas, la consigna probó su eficacia, al restituirle al fenómeno amoroso los paisajes que nunca se tomaban en cuenta: la sujeción al patriarcado, la confesión entre amor y “título de propiedad” sobre otra persona, los celos como el método socialmente aprobado de

retener el impulso amoroso.

En medio de todo esto, ocurre la Revolución Sexual de los setentas, que desplegó y extremó libertades (algo por entero diferente al término represivo de “libertinaje”) para exhibir la hipocresía de la noción habitual de amor. Y así como en el siglo XVIII los libertinos querían masificar la seducción para burlarse de los tabúes, evadir la vigilancia omnipresente de lo moral y convertir cada coito en hazaña bélica, la Revolución Sexual, al prodigar la fornicación, hizo desaparecer en la práctica las calificaciones morales para esa “geografía de la cintura para abajo”, y el amor se volvió la gran convención, asediada incluso en sus fortalezas semánticas. ¿Qué caso tenía el eufemismo “hacer el amor” cuando, de modo más simple y llano, se podía decir coger? La vida amorosa dejó de ser sinónimo de vida sexual, y por amor se entendió cada vez más el aura del sentimiento.

Esto en medio de cambios significativos. El hedonismo dejó de ser privilegio de pocos, y concluyó la duda, muy común, entre fornicar exhaustivamente y llevar existencias convencionales pero productivas. Durante la Revolución Sexual los yuppies, el género del éxito como método para jamás conocer el fracaso, creyeron inaugurar un espacio histórico, donde el sentido de la productividad se acoplaba con la frecuencia sexual (“Tanto más trabajo cuanto más fornico”). El amor parecía acto excéntrico de la voluntad, que en el fondo incitaba a la disciplina: “Me enamoro con tal de ordenar mi vida”, y no se concebía relación posible entre amor y democracia, a no ser la muy programática descrita por Mario Benedetti, donde el amor era parte del ritual militante, y del repertorio sentimental de la adolescencia. Se cantaba: “Y en la calle, codo a codo, somos mucho más que dos”, y la pareja se disolvía en el mitin.

Del miedo a la solidaridad

En una década, el sida destruye la Revolución Sexual, y provoca el afianzamiento creciente de la pareja, y la primera reconsideración no religiosa del amor. A la presión social la substituye el miedo a la muerte, y la mirada de recelo sobre el desconocido o la desconocida con quien se empieza el *flirt*, es casi sinónimo de la dificultad de enamorarse. El sexo pierde su cúmulo de facilidades, el condón es el recordatorio más ácido del temor a la muerte y el acoso lleva a reconsiderar los significados profundos de la vida amorosa, que ahora incluyen el reexamen de los

roles fijos, la crítica al fatalismo de los géneros y las visiones más libres de la pareja, ya no la fundación del mundo, Adán y Eva, sino algo menos alegórico y por lo mismo mucho menos convencional.

¿Qué tanto se ha avanzado en el terreno de la humanización o la significación humanista de la relación amorosa? Hablar, si eso es posible, de las relaciones entre amor y democracia significa también examinar el modo en que la vida política y social incorpora demandas de la intimidad y/o de la vida privada, como se prefiera. En esto, lo personal tiende a ser democrático, no sólo por lo obvio: quien se pronuncia contra el autoritarismo debe eliminarlo de su conducta, sino porque en etapas de situaciones y transformaciones dramáticas, el amor es componente esencial. Esto, desde muchos puntos de vista, puede ser un hecho inasible o una premisa portentosamente cursi, pero lo que expresa y contiene es una realidad urgente. Si el PRD, por ejemplo, se propone ser la gran alternativa ante la barbarie del neoliberalismo y la cerrazón del conservadurismo, necesitará incorporar orgánicamente a su programa lo que el PRI y el PAN jamás podrían hacer: las exigencias de la vida cotidiana, la lucha por la despenalización del aborto, la información sistemática sobre el sida, la lucha contra los violadores, el asedio ideológico al sexismo, etcétera. En todo esto, y por difícil que sea usar la palabra más desgastada y resbaladiza del lenguaje, el amor es una realidad primordial cuya traducción democrática profunda es la solidaridad, que hoy conoce su admirable vanguardia en los grupos dedicados al apoyo de los enfermos de sida y a evitar como se pueda la propagación del mal.